

La isla misteriosa

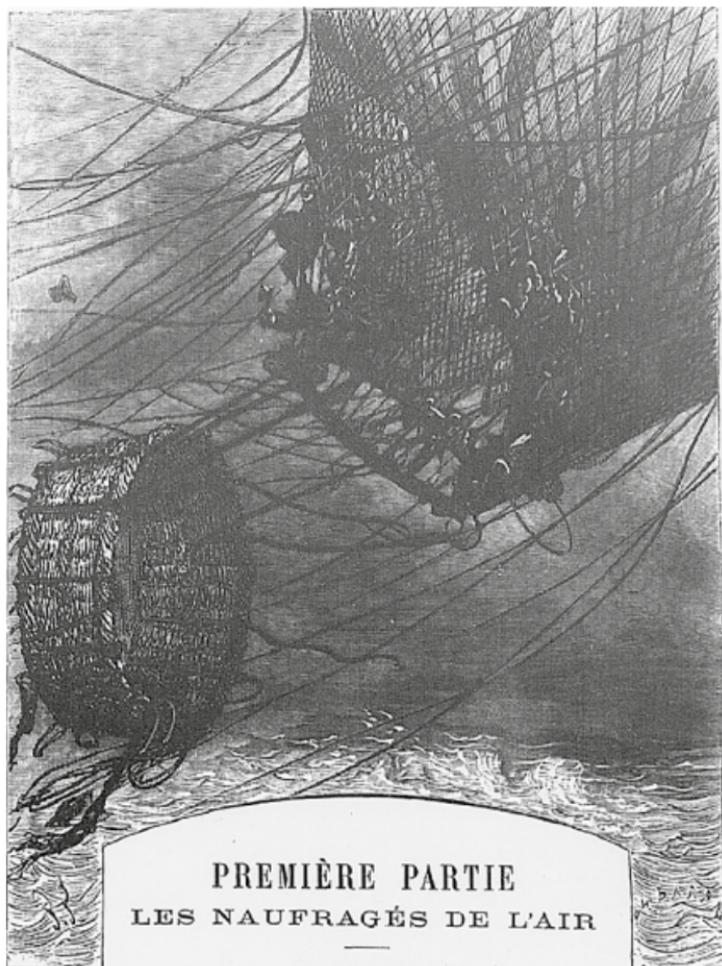


Ilustración de Férat para la primera parte.

PRIMERA PARTE

Los naufragos del aire

CAPÍTULO I

El huracán de 1865. — Gritos en los aires. — Un globo arrastrado por una tromba. — La envoltura desgarrada. — Tan solo el mar a la vista. — Cinco pasajeros. — Lo que ocurre en la barquilla. — Una costa en el horizonte. — El desenlace del drama¹.

—¿Ascendemos?

—¡No!, ¡al contrario! ¡Descendemos!

—¡Peor aún, señor Cyrus! ¡Caemos!

—¡Arrojad lastre, por Dios!

—¡Ahí va el último saco!

—¿Se eleva el globo?

—¡No!

—¡Oigo algo como el chapoteo del oleaje!

—¡Debajo de la barquilla está el mar!

—¡No debe de estar ni a quinientos pies de nosotros!

Entonces una voz potente desgarró el aire y retumbó diciendo:

—¡Fuera todo lo que pese!... ¡Todo! ¡Y que sea lo que Dios quiera!².

Estas son las palabras que estallaron en el aire, encima de ese vasto desierto de agua del Pacífico, hacia las cuatro de la tarde del día 23 de marzo de 1865.

Sin duda, nadie ha olvidado cómo se desencadenó en medio del equinoccio de ese año un terrible temporal

con vientos del nordeste, que provocó que el barómetro cayera a setecientos diez milímetros. Fue un huracán que duró del 18 al 26 de marzo sin interrupción. Los destrozos que produjo fueron inmensos en América, en Europa y en Asia, en una zona de mil ochocientas millas de anchura que seguía un trazo oblicuo al ecuador, desde el paralelo treinta y cinco norte hasta el paralelo cuarenta sur. Ciudades derruidas, bosques arrasados, costas devastadas por montañas de agua que se precipitaban como macareos, navíos arrojados a la costa, que según los cómputos del *Bureau Veritas*³ se contaban por centenares, territorios enteros asolados por trombas que todo lo trituraban a su paso, varios millares de personas aplastadas en tierra o tragadas por el mar: esas fueron las huellas del furor que dejó aquel terrible huracán a su paso. Sus estragos superaban los que devastaron tan espantosamente La Habana y Guadalupe; uno, el 25 de octubre de 1810, y el otro, el 26 de julio de 1825⁴.

Y al tiempo que sucedían tantas catástrofes en tierra y en el mar, en los aires trastornados tenía lugar un drama no menos conmovedor.

Un globo, llevado como una bola en la cúspide de una tromba y atrapado en el movimiento giratorio de la columna de aire, recorría el espacio a una velocidad de noventa millas* por hora, girando sobre sí mismo como si lo hubiese atrapado un *maelstrom* aéreo⁵.

Bajo el apéndice inferior de aquel globo oscilaba una barquilla con cinco pasajeros dentro, apenas visibles en medio de los espesos vapores que, mezclados con agua pulverizada, formaban una estela hasta la superficie del océano.

¿De dónde venía aquel aeróstato, auténtico juguete en manos de la horrible tempestad? ¿De qué punto del

* A saber, 46 metros por segundo o 166 kilómetros por hora (cerca de 42 leguas de 4 kilómetros).

mundo había despegado? Ciertamente, no podía haberlo hecho durante el huracán; pero el huracán duraba ya cinco días, y sus primeros síntomas se habían manifestado el 18. Así pues, ¿habría sido descabellado pensar que el globo viniera de muy lejos, puesto que no podía haber recorrido menos de dos mil millas en veinticuatro horas?

Sea como fuere, los pasajeros no habían podido disponer de ningún medio para estimar la ruta recorrida desde su despegue, ya que carecían de todo punto de referencia. Incluso debía de producirse un hecho curioso, y es que, arrastrados en medio de la violencia de la tempestad, no la padecieran. Se desplazaban, giraban sobre sí mismos sin sentir en absoluto esa rotación ni su desplazamiento en sentido horizontal. Sus ojos no podían atravesar la espesa niebla que se amontonaba bajo la barquilla. En torno a ellos, todo era bruma. Incluso la opacidad de las nubes era tal que no habrían podido decir si era de día o de noche. Mientras habían permanecido en las zonas altas, no habían podido llegar hasta ellos ningún reflejo luminoso, ningún ruido de tierras habitadas, ningún mugido del océano en aquella inmensidad oscura. Su rápido descenso era lo único que les podía haber dado una idea de los peligros que corrían encima de las olas.

Entretanto, el globo, deslastrado de los objetos pesados como munición, armas y provisiones, había ascendido a las capas superiores de la atmósfera, a una altitud de cuatro mil quinientos pies. Al advertir que bajo la barquilla estaba el mar, y considerando menos temibles los riesgos arriba que abajo, los pasajeros no habían dudado en arrojar por la borda incluso los objetos más útiles, procurando no perder nada más de ese fluido, de esa alma de su aparato que los sostenía encima del abismo.

La noche transcurrió en medio de un desasosiego que habría sido mortal para ánimos menos enérgicos. Después reapareció el día, y con el día el huracán manifestó

cierta tendencia a moderarse. Desde el comienzo de la jornada del 24 de marzo, hubo algunos síntomas de apaciguamiento. Al alba, las nubes, más vesiculares, habían ascendido a las capas altas del cielo. En unas horas, la tromba comenzó a dilatarse hasta que se rompió. Del estado de huracán, el viento pasó al de «frescachón», es decir, que la velocidad de traslación de las capas atmosféricas disminuyó a la mitad. Aún se trataba de lo que los marinos denominan una «brisa de tres rizos»⁶, pero la mejoría en la turbulencia de los elementos no fue menos considerable.

En torno a las once, la parte inferior del aire se había despejado sensiblemente. La atmósfera desprendía esa limpidez húmeda que se ve, que incluso se siente, tras el paso de los grandes meteoros. No parecía que el huracán hubiese llegado más lejos hacia el oeste. Se habría dicho que se había dado muerte a sí mismo. Tal vez se había disgregado en estratos eléctricos, tras la ruptura de la tromba, tal como sucede algunas veces con los tifones del océano Índico.

Sin embargo, también hacia esa hora, se habría podido constatar una vez más que el globo descendía lentamente, con un movimiento continuo, a las capas inferiores del aire. Incluso parecía que se iba desinflando poco a poco y que su envoltura se alargaba al distenderse, pasando de la forma esférica a la ovoide.

Hacia el mediodía, el aeróstato no planeaba más que a una altitud de dos mil pies sobre el nivel del mar. Su arqueo era de cincuenta mil pies cúbicos*, y gracias a su capacidad, era evidente que había podido mantenerse durante mucho tiempo en el aire, bien por haber alcanzado grandes altitudes o bien por haberse desplazado siguiendo una dirección horizontal.

En aquellos momentos, los pasajeros arrojaron los últimos objetos que seguían lastrando la barquilla, los po-

* Aproximadamente 1700 metros cúbicos.

cos víveres que habían conservado, todo, hasta los más pequeños objetos que rodaban por sus bolsillos, y uno de ellos se había encaramado al aro en que se reunían las mallas de la red e intentaba atar firmemente el apéndice inferior del aeróstato.

No había duda de que los pasajeros ya no podían mantener el globo en las zonas elevadas ni de que les faltaba el gas.

¡Estaban perdidos!

Y es que no era ni un continente ni tan siquiera una isla lo que se extendía bajo sus pies. El espacio no ofrecía ni un solo punto de aterrizaje, ninguna superficie sólida en la que hubiese podido agarrar el ancla.

Era el mar inmenso, cuyas olas entrechocaban aún con una violencia incomparable. Era el océano sin límites visibles, incluso para ellos, que lo dominaban desde las alturas y cuyas miradas abarcaban entonces un radio de cuarenta millas. Era aquella llanura líquida, golpeada sin misericordia, azotada por el huracán, que debía de parecerles como si cargara al galope el oleaje desenfrenado sobre el que se hubiera arrojado una enorme red de crestas blancas. Ni tierra a la vista ni navío alguno.

Así pues, tenían que detener a toda costa el movimiento descendente para impedir que el aeróstato acabara siendo engullido por las olas. Y en esa urgente operación era en la que estaban empeñados los pasajeros de la barquilla. Sin embargo, pese a sus esfuerzos, el globo aún perdía altitud, al tiempo que se desplazaba a una velocidad extrema, siguiendo la dirección del viento, es decir, del nordeste al sudoeste.

¡Qué situación más terrible la de aquellos desdichados! Era evidente que ya no dominaban el aeróstato. Sus esfuerzos eran baldíos. La envoltura del globo se desinflaba cada vez más. El fluido se escapaba sin que fuese posible retenerlo de ningún modo. El descenso se aceleraba ostensiblemente, y a la una de la tarde, la barquilla

no estaba suspendida a más de seiscientos pies sobre el océano.

Era imposible impedir el escape del gas, que salía libremente a través de un desgarrón del aparato.

Al aligerar la barquilla de todos los objetos que contenía, los pasajeros habían podido prolongar durante unas horas su suspensión en el aire. No cabía más que retrasar la inevitable catástrofe, pero si no avistaban tierra antes de la noche, pasajeros, barquilla y globo acabarían desapareciendo definitivamente entre las olas.

La única maniobra que aún podía hacerse se hizo en esos momentos. Sin duda, los pasajeros del aeróstato eran personas enérgicas y sabían mirar a la muerte cara a cara. No se habría oído escapar de sus labios un solo murmullo. Estaban decididos a luchar hasta el último segundo, a hacer todo lo posible por retrasar su caída. La barquilla solo era una especie de cesta de mimbre, no apta para flotar; de caer al mar, no habría ninguna posibilidad de mantenerla en su superficie.

A las dos, el aeróstato apenas estaba a cuatrocientos pies encima de las olas.

En ese momento, se oyó una voz viril —la voz de un hombre cuyo corazón era inasequible al temor—. A aquella voz respondieron otras voces no menos enérgicas.

—¿Lo hemos arrojado todo?

—¡No! ¡Todavía quedan diez mil francos de oro!

Inmediatamente cayó al mar una pesada bolsa⁷.

—¿Vuelve a ascender el globo?

—Un poco, pero no tardará en descender de nuevo.

—¿Qué queda por arrojar?

—Nada.

—¡Sí!... ¡La barquilla!

—¡Agarrémonos a la red! ¡Y al mar la barquilla!

Era el único y el último medio de aligerar el aeróstato. Cortaron las cuerdas que unían la barquilla al aro, y el aeróstato, tras su caída, se elevó dos mil pies.

Los cinco pasajeros se habían encaramado a la red, encima del aro, y se aferraban al entramado de mallas, mirando el abismo.

Es conocida la sensibilidad estática de que están dotados los aeróstatos. Basta con arrojar el objeto más ligero para provocar un desplazamiento en sentido vertical. El aparato flota en el aire y se comporta como una balanza de precisión matemática. Es comprensible, por lo tanto, que cuando se deslustra de un peso relativamente considerable, su desplazamiento sea importante y brusco. Eso es lo que ocurrió en aquella ocasión.

Sin embargo, tras haberse equilibrado un instante en las zonas superiores, el aeróstato volvió a descender. El gas se escapaba por el desgarrón, que era imposible de reparar.

Los pasajeros habían hecho todo lo que podían hacer. Ya no había ningún medio humano de salvarlos. Solo podían contar con la ayuda de Dios.

A las cuatro, el globo no estaba más que a quinientos pies de la superficie de las aguas.

Se oyó un sonoro ladrido. Un perro acompañaba a los pasajeros y permanecía aferrado a las mallas de la red junto a su amo.

—¡Top ha visto algo! —gritó uno de los pasajeros.

Inmediatamente después, se oyó una fuerte voz:

—¡Tierra! ¡Tierra!

El globo, que el viento continuaba arrastrando hacia el sudoeste, había recorrido desde el alba una distancia considerable, que se podía calcular en centenares de millas, y en esa dirección acababa de aparecer una tierra bastante elevada.

Pero aquella tierra se encontraba todavía a treinta millas a sotavento. Necesitaban como mínimo más de una hora para alcanzarla, y eso a condición de no derivar. ¡Una hora! ¿No se habría vaciado para entonces el globo de todo el fluido que había conservado?

¡Qué terrible cuestión aquella! Los pasajeros divisaban nítidamente el punto sólido que tenían que alcanzar a cualquier precio. Ignoraban qué era, isla o continente, pues apenas sabían a qué parte del mundo los había arrastrado el huracán. Pero a aquella tierra, estuviese habitada o no, fuese hospitalaria o no, era adonde había que llegar.

A las cuatro se hizo patente que el globo ya no podía mantenerse. Rozaba la superficie del mar⁸. La cresta de las enormes olas había lamido ya varias veces la parte inferior de la red, haciéndola aún más pesada, y el aeróstato tan solo se elevaba a medias, como un ave malherida.

Media hora más tarde, la tierra quedaba solamente a una milla, pero el globo, exhausto, flácido, distendido, como un trapo lleno de arrugas, solo conservaba gas en la corona. Los pasajeros, aferrados a la red, pesaban todavía demasiado para él, y enseguida, con medio cuerpo dentro del mar, el oleaje furioso se abatió sobre ellos. La envoltura del aeróstato formó entonces una bolsa y el viento, arremetiendo contra él, lo empujó como a un navío viento en popa. ¡Tal vez podía llegar así a la costa!

Solo estaba a dos cables cuando resonaron unos gritos terribles, que brotaron de cuatro pechos a la vez. El globo, que parecía que ya no volvería a levantarse, acababa de dar un salto inesperado, tras haber sufrido el tremendo embate del oleaje. Como si hubiese arrojado súbitamente otra parte más de su lastre, ascendió a una altitud de mil quinientos pies, y allí se topó con una especie de remolino de viento que, en vez de llevarlo directamente a la costa, le hizo seguir una dirección casi paralela. Por fin, dos minutos más tarde, se acercaba en diagonal y caía definitivamente a la arena de la orilla, fuera del alcance de las olas.

Los pasajeros, ayudándose unos a otros, acertaron a desprenderse de las mallas de la red. El viento se hizo de

nuevo con el globo, que, aligerado de su peso, y como un ave herida que recobrara un instante de vida, desapareció en el espacio.

En la barquilla viajaban cinco pasajeros más un perro, y el globo solamente había arrojado a cuatro a la orilla.

No cabía duda de que al pasajero que faltaba lo había arrebatado el golpe de mar que acababa de embestir la red; eso es lo que había permitido que el aeróstato aligerado volviera a ascender por última vez, y luego, unos instantes después, alcanzara la costa.

Apenas tocaron tierra los cuatro náufragos —pues así se los puede llamar—, todos, pensando en el ausente, gritaron:

—¡Tal vez intenta llegar a nado! ¡Salvémoslo, salvémoslo!

CAPÍTULO II

Un episodio de la guerra de Secesión. — El ingeniero Cyrus Smith. — Gedeón Spilett. — El negro Nab. — El marino Pencroff. — El joven Harbert. — Una proposición inesperada. — Cita a las diez de la noche. — Despegue en medio de la tempestad.

Aquellos a quienes el huracán acababa de arrojar a la costa no eran ni aeronautas de profesión ni aficionados a las expediciones aéreas. Eran prisioneros de guerra a los que su audacia había impulsado a huir en circunstancias extraordinarias. Cien veces habían podido morir. Cien veces su globo desgarrado había podido precipitarlos al abismo, pero el Cielo les tenía reservado un extraño destino, y tras haber escapado el 20 de marzo¹ de Richmond, asediada por las tropas del general Ulysses Grant², se encontraban a siete mil millas de aquella ciudad, la capital de Virginia, la principal plaza fuerte de los separatistas durante la terrible guerra de Secesión. Su navegación aérea había durado cinco días.

He aquí en qué curiosas circunstancias se había producido la evasión de los prisioneros, una evasión que iba a desembocar en la catástrofe que ya conocemos.

Aquel mismo año, en el mes de febrero de 1865, en uno de los golpes de mano que el general Grant intentó en vano para apoderarse de Richmond, varios oficiales

suyos cayeron en poder del enemigo y quedaron detenidos en la ciudad. Uno de los más distinguidos de quienes fueron apresados pertenecía al Estado Mayor federal y se llamaba Cyrus Smith³.

Cyrus Smith, originario de Massachusetts, era ingeniero, un sabio de primer orden, al que el Gobierno de la Unión había confiado durante la guerra la dirección de los ferrocarriles, cuyo papel estratégico fue tan considerable. Auténtico americano del norte, delgado, huesudo, enjuto, tenía cuarenta y cinco años aproximadamente y lucía canas en su cabello rapado y en la barba, aunque solo conservaba un espeso bigote. Tenía una de esas hermosas cabezas «numismáticas», que parecen hechas para ser reproducidas en medallas, con los ojos ardientes, la seriedad dibujada en la boca y la fisonomía de un sabio de la escuela militante. Era uno de esos ingenieros que quiso comenzar manejando el pico y el martillo, como los generales que quisieron comenzar como soldados rasos. Por lo tanto, a la ingeniosidad de su mente la acompañaba la suprema habilidad de sus manos. Sus músculos presentaban notables signos de tonicidad. Auténtico hombre de acción, al tiempo que hombre de pensamiento, actuaba sin esfuerzo, por el influjo de una amplia expansión vital, con esa persistencia vivaz que desafía a toda suerte adversa. Muy instruido, muy práctico, muy «avisado», por emplear un término coloquial, tenía un temperamento extraordinario, pues, sin dejar de ser dueño de sí, cualesquiera que fuesen las circunstancias, reunía en el más alto grado las tres condiciones que determinan en conjunto la energía humana: actividad de la mente y del cuerpo, impetuosidad de los deseos y poder de la voluntad. Y su divisa habría podido ser la de Guillermo de Orange en el siglo XVII: «No necesito tener esperanza para actuar ni éxito para perseverar»⁴.

A la vez, Cyrus Smith era el coraje personificado. Había estado en todas las batallas durante aquella guerra

de Secesión. Tras haber comenzado a las órdenes de Ulysses Grant con los voluntarios de Illinois, había combatido en Paducah, Belmont y Pittsburg Landing, en el sitio de Corinth, en Port Gibson, en el río Negro, en Chattanooga, en la Wilderness, en el Potomac⁵, en todos sitios y con valentía, como digno soldado de aquel general que respondía: «Yo nunca cuento mis muertos». Y cien veces podía haber engrosado Cyrus Smith las filas de aquellos a los que no contaba el terrible Grant, pero en combate, que arrostraba sin vacilar, siempre le sonrió la suerte, hasta el momento en que fue herido y apresado en el campo de batalla de Richmond.

Al mismo tiempo que Cyrus Smith y el mismo día, otro personaje importante caía en poder de los sudistas. Era nada menos que el honorable Gedeón Spilett, reportero del *New York Herald*, que había sido encargado de seguir las peripecias de la guerra con los ejércitos del Norte⁶.

Gedeón Spilett era de la raza de esos sorprendentes cronistas ingleses o americanos, de los Stanley y tantos otros que no se arredran ante nada para obtener una información exacta y transmitirla a sus periódicos en el plazo más breve posible. Los periódicos de la Unión, como el *New York Herald*⁷, son auténticas potencias, y sus delegados son representantes cuya voz cuenta. Gedeón Spilett descollaba en la primera fila de aquellos delegados.

Hombre de gran mérito, enérgico, vivaz y dispuesto a todo, lleno de ideas, había recorrido el mundo entero, era soldado y artista, apasionado en su dictamen, resuelto en la acción, no escatimaba trabajo ni fatigas ni riesgos cuando se trataba de saberlo todo, en su propio beneficio, primero, y en el de su periódico, después; auténtico héroe de la curiosidad, de la información, de lo inédito, de lo desconocido, de lo imposible, era uno de esos intrépidos observadores que escriben mientras silban las

balas o redactan crónicas entre cañonazos, y para los que todos los peligros son regalos de la fortuna.

También había participado en todas las batallas, a la vanguardia, con un revólver en una mano y una libreta en la otra, y la metralleta no hacía temblar su lápiz. No cansaba los cables del telégrafo con telegramas incesantes, como quienes hablan cuando no tienen nada que decir, sino que cada una de sus notas, cortas, límpidas, claras, arrojaba luz sobre un punto importante. Por otra parte, no estaba falto de «humor». Fue él quien, tras el asunto del río Negro, queriendo conservar a toda costa su puesto en la ventanilla de la oficina de telégrafos a fin de anunciar a su periódico el resultado de la batalla, telegrafió durante dos horas los primeros capítulos de la Biblia. Al *New York Herald* le costó dos mil dólares, pero el *New York Herald* fue el primer informado⁸.

Gedeón Spilett era alto. No tendría más de cuarenta años. Unas patillas rubias tirando a pelirrojas enmarcaban su rostro. Sus ojos eran tranquilos, vivos, rápidos en sus desplazamientos. Eran los ojos de un hombre acostumbrado a captar rápidamente todos los detalles de cualquier panorama. De constitución sólida, se había templado en todos los climas, como se temple una barra de acero en el agua fría.

Desde hacía diez años, Gedeón Spilett era el reportero estrella del *New York Herald*, al que enriquecía con sus crónicas y sus dibujos, pues manejaba tan bien el lápiz como la pluma. Cuando fue capturado, estaba haciendo el croquis de la batalla y describiéndola. Las últimas palabras que anotó en su libreta fueron las siguientes: «Un sudista me apunta y...». Y no acertó a Gedeón Spilett, pues, fiel a su inveterada costumbre, salió de aquel trance sin un rasguño.

A Cyrus Smith y Gedeón Spilett, que no se conocían sino de reputación, los habían trasladado a Richmond. El ingeniero se curó rápidamente de su herida, y fue du-

rante su convalecencia cuando conoció al reportero. Los dos hombres se cayeron bien y aprendieron a apreciarse. Pronto, su vida común tuvo un solo fin, huir, reunirse con el ejército de Grant y seguir combatiendo en sus filas por la unidad federal.

Así pues, los dos americanos estaban decididos a aprovechar cualquier ocasión; pero, aunque los habían dejado libres en la ciudad, Richmond estaba tan rigurosamente custodiada que la evasión tenía visos de ser imposible.

Así las cosas, a Cyrus Smith se le unió un criado cuya devoción por él era inquebrantable. Este intrépido era un negro nacido en las fincas del ingeniero, de padre y madre esclavos, pero al que bastante tiempo atrás había emancipado Cyrus Smith, abolicionista de razón y de corazón. El esclavo, ya liberto, no había querido abandonar a su señor. Lo quería hasta la muerte. Tenía treinta años y era un hombre vigoroso, ágil, hábil, inteligente, afable y tranquilo; a veces ingenuo, siempre sonriente, servicial y bueno. Se llamaba Nabuchodonosor, pero solo respondía al nombre familiar y abreviado de Nab.

Cuando Nab supo que su señor había sido hecho prisionero, no dudó en abandonar Massachusetts, llegó a Richmond y, a fuerza de astucia y de habilidad, tras haber arriesgado veinte veces su vida, logró penetrar en la ciudad asediada. Lo que fueron el placer de Cyrus Smith, al volver a ver a su criado, y la alegría de Nab, al encontrar a su señor, no puede explicarse.

Pero si Nab había podido penetrar en Richmond, salir de allí era mucho más difícil, pues los prisioneros federales estaban sometidos a una vigilancia muy estrecha. Tenía que presentarse una ocasión extraordinaria para que toda tentativa de evasión tuviera probabilidades de éxito, pero esa ocasión no solo no se presentaba, sino que era difícil propiciarla.

Entretanto, Grant proseguía sus enérgicas operaciones. La victoria con la que se había alzado en Petersburg

había sido disputada muy duramente. Sus fuerzas, unidas a las de Butler⁹, aún no obtenían ningún resultado ante Richmond, y nada hacía presagiar que se acercara el día de la liberación de los prisioneros. El reportero, al que su enojosa cautividad no le ofrecía ya ningún detalle interesante que anotar, no podía aguantar más. Solo tenía una idea: salir de Richmond a toda costa. Hasta varias veces intentó la aventura, pero fue detenido por obstáculos infranqueables.

El asedio continuaba, y si los prisioneros tenían prisa por escapar para reunirse con el ejército de Grant, algunos sitiados no tenían menos prisa por hacerlo, a fin de reunirse con el ejército separatista, y entre estos, un tal Jonathan Forster, acérrimo sudista. Si los prisioneros federales no podían abandonar la ciudad, los confederados tampoco podían hacerlo, puesto que el ejército del Norte los tenía cercados. El gobernador de Richmond no podía comunicarse con el general Lee desde hacía tiempo, y era de sumo interés dar a conocer la situación de la ciudad, a fin de acelerar la llegada de tropas de refuerzo. Entonces, Jonathan Forster tuvo la idea de despegar en globo y atravesar las líneas de los sitiadores para llegar al campo de los separatistas.

El gobernador autorizó la tentativa. Se fabricó un aeróstato y se puso a disposición de Jonathan Forster, al que debían acompañar en los aires cinco de sus compañeros. Llevarían armas y víveres, en previsión de que tal vez tuvieran que defenderse al aterrizar y de que se prolongara su viaje aéreo.

El despegue del globo se había fijado para el 18 de marzo. Debía producirse durante la noche, y los aeronautas contaban con llegar en unas horas al cuartel general de Lee gracias a un viento moderado del noroeste.

Pero aquel viento del noroeste no fue ni mucho menos una simple brisa. Desde el día 18, se pudo observar que rolaba a huracán. Muy pronto, la tempestad fue de

tal intensidad que la partida de Forster hubo de retrasarse, pues era imposible poner en riesgo el aeróstato y a sus pasajeros entregándolos a los elementos desencadenados.

El globo, inflado en la plaza central de Richmond, estaba allí, listo para partir en cuanto amainara el viento; en la ciudad, la impaciencia al ver que el estado de la atmósfera no se modificaba era grande.

El 18 y el 19 de marzo transcurrieron sin que se produjera ningún cambio en la tempestad. Incluso había grandes dificultades para proteger el globo, que las rachas doblegaban hasta el suelo, donde estaba amarrado.

Pasó la noche del 19 al 20, pero, por la mañana, el huracán se abatía con más ímpetu aún. Era imposible partir.

Aquel día, en una calle de Richmond, se acercó a Cyrus Smith un hombre al que no conocía. Era un marino llamado Pencroff, de treinta y cinco a cuarenta años, de constitución vigorosa, curtido por el sol y con ojos vivos y en continuo parpadeo, pero de rostro agradable. Pencroff era un americano del norte que había recorrido todos los mares del globo y al que, en cuestión de aventuras, le había ocurrido todo lo que le puede ocurrir de extraordinario a un ser bípedo y sin plumas¹⁰. Huelga decir que era de talante emprendedor, estaba dispuesto a arriesgarse a todo y no podía extrañarse por nada. A comienzos de aquel año, Pencroff se había desplazado a Richmond por negocios con un joven de quince años, Harbert Brown, de Nueva Jersey, hijo de su capitán, un huérfano al que quería como si hubiese sido su propio hijo. Al no haber podido abandonar la ciudad antes de las primeras operaciones de asedio, estaba bloqueado, para infortunio suyo; en consecuencia, él también tenía una única idea: huir por todos los medios posibles. Conocía al ingeniero Cyrus Smith de reputación. Sabía con qué impaciencia aquel hombre determinado mordía su

freno. Aquel día, no vaciló en abordarlo y le dijo sin más preámbulos:

—Señor Smith, ¿no está usted harto de Richmond?

El ingeniero miró fijamente al hombre que le hablaba así y que añadió en voz baja:

—Señor Smith, ¿quiere usted huir?

—¿Cuándo? —respondió con viveza el ingeniero, y se puede afirmar que esta respuesta se le escapó, ya que no había examinado todavía al desconocido que le dirigía la palabra.

Pero tras haber observado, con una mirada penetrante, la lealtad del rostro del marino no pudo dudar de que tenía ante sí a un hombre honrado.

—¿Quién es usted? —preguntó con un tono decidido.

Pencroff se presentó.

—Bien —respondió Cyrus Smith—. ¿Y por qué medio me propone usted huir?

—Con ese globo tan gandul que han dejado ahí, sin oficio ni beneficio, y que me da a mí que nos está esperando precisamente a nosotros...

El marino no había tenido que acabar su frase. El ingeniero lo había comprendido sin más palabras. Cogió a Pencroff de un brazo y lo llevó a su alojamiento.

El marino expuso su proyecto, muy sencillo, a decir verdad. Únicamente se arriesgaba la vida al ejecutarlo. El huracán estaba en el apogeo de su violencia, es cierto, pero un ingeniero hábil y audaz como Cyrus Smith sabría dirigir un aeróstato. Si hubiese sabido cómo manejarlo, Pencroff no habría dudado en escapar —con Harbert, por supuesto—. Ya había vivido muchas tempestades, ¡cómo iba a echarse atrás por una más!

Cyrus Smith había escuchado al marino sin decir una palabra, pero su mirada brillaba. Ahí estaba la ocasión. No era hombre para dejarla escapar. El proyecto tan solo era muy peligroso y, por lo tanto, se podía ejecutar. De noche, pese a la vigilancia, se podía abordar el globo,

deslizarse dentro de la barquilla y cortar las amarras que lo retenían. Ciertamente corrían el riesgo de que los mataran, pero, cómo no, también podían conseguirlo, y sin aquella tempestad... Pero, sin aquella tempestad, el globo ya se habría ido, y entonces no se presentaría la ocasión tan anhelada.

—No estoy solo —dijo para concluir Cyrus Smith.

—¿A cuántas personas quiere usted llevar? —preguntó el marino.

—A dos: mi amigo Spilett y mi criado Nab.

—Eso hace tres —respondió Pencroff—, y con Harbert y yo mismo, cinco. Como el globo tenía que llevar a seis...

—Basta. ¡Nos iremos! —dijo Cyrus Smith.

Aquel «nos» comprometía al reportero, pero el reportero no era un hombre que se arredrase, y cuando se le comunicó el proyecto, lo aprobó sin reservas. De lo que se sorprendió fue de que no se le hubiera ocurrido antes una idea tan sencilla. En cuanto a Nab, Nab seguía a su señor adonde este quisiera ir.

—Entonces, ¡hasta la noche! —dijo Pencroff—. Nos llegaremos los cinco por allí como quien da un paseo.

—Hasta esta noche a las diez —respondió Cyrus Smith—, y quiera el Cielo que la tempestad no se calme antes de que salgamos.

Pencroff se despidió del ingeniero y regresó adonde estaba alojado y se había quedado el joven Harbert Brown. Aquel valiente muchacho conocía el plan del marino y esperaba con cierta ansiedad el resultado de la conversación con el ingeniero. Como puede verse, eran cinco hombres determinados los que iban a arriesgarse así, en medio de la tormenta, en pleno huracán.

¡No! El huracán no se calmó, y ni Jonathan Forster ni sus compañeros podían pensar en hacerle frente con aquella frágil barquilla. El día fue terrible. El ingeniero solamente temía una cosa: que el aeróstato, retenido en el suelo y tumbado por el viento, se desgarrara en mil pedazos.

Durante varias horas, merodeó por la plaza casi desierta, vigilando el aparato. Pencroff hacía lo propio por su parte, con las manos en los bolsillos y bostezando de vez en cuando, como quien no sabe en qué emplear el tiempo, pero temiendo también que el globo se rasgara o incluso rompiera sus amarras y saliera volando solo por los aires.

Anocheció, y la noche estaba muy oscura. Espesas brumas pasaban como nubes a ras del suelo. Caía aguanieve. Hacía frío. Una especie de niebla se cernía sobre Richmond. Se habría dicho que la violenta tempestad había pactado una tregua entre los sitiadores y los sitiados, y que el cañón había querido enmudecer ante las terribles detonaciones del huracán. Las calles de la ciudad estaban desiertas. Ni siquiera había parecido necesario, con aquel tiempo tan horrible, vigilar la plaza en la que se debatía el aeróstato. Era indudable que los prisioneros lo tenían todo a favor para escapar; pero aquel viaje, en medio de las rachas desencadenadas...

—¡Nos toca aguantar marea! —decía Pencroff para sí, calándose de un puñetazo el sombrero, que el viento le quería arrebatar de la cabeza—. ¡Bah!, pase lo que pase, lo conseguiremos.

A las nueve y media, Cyrus Smith y sus compañeros llegaban desde diversas partes a la plaza, que las farolas de gas, apagadas por el viento, sumían en una profunda oscuridad. Ni siquiera se veía el enorme aeróstato, casi totalmente aplastado contra el suelo. Además de los sacos de lastre que mantenían las mallas de la red, la barquilla estaba retenida por un fuerte cable que pasaba a través de una argolla fijada en el suelo y daba la vuelta hasta llegar a bordo.

Los cinco prisioneros se reunieron cerca de la barquilla. Nadie los había visto, y tan profunda era la oscuridad que ni ellos mismos se podían ver.

Sin pronunciar una palabra, Cyrus Smith, Gedeón Spilett, Nab y Harbert se situaron en la barquilla, mien-

tras que Pencroff, por orden del ingeniero, desataba uno tras otro los sacos de lastre. Fue cuestión de unos instantes, y el marino se unió a sus compañeros.

Al aeróstato solo lo retenía el cable, y Cyrus Smith no tenía más que ordenar el despegue.

En esos momentos, un perro saltó de un brinco a la barquilla. Era Top, el perro del ingeniero, que había roto su cadena y había seguido a su amo. Cyrus Smith, temiendo un exceso de peso, quería dejar en tierra al pobre animal.

—¡Bah! ¡Por uno más! —dijo Pencroff aligerando la barquilla de dos sacos de arena.

Después, largó la vuelta del cable, y el globo, tomando una dirección oblicua, desapareció tras chocar la barquilla contra dos chimeneas que derribó con la furia de su despegue.

Se había desencadenado el huracán con una violencia espantosa. Durante la noche, el ingeniero no pudo ni pensar en descender, y cuando llegó el día, las brumas le vedaban la vista de la tierra. No fue hasta cinco días más tarde cuando un claro dejó ver el mar inmenso bajo el aeróstato, que el viento arrastraba a una velocidad aterradora.

Ya sabemos cómo cuatro de aquellos cinco hombres, que partieron el 20 de marzo, fueron arrojados el 24 de marzo* a una costa desierta a más de seis mil millas de su país¹¹.

Y el que faltaba, aquel en cuyo auxilio se afanaban ante todo los cuatro supervivientes del globo, era su jefe natural, era el ingeniero Cyrus Smith.

* El 5 de abril, Richmond caía en manos de Grant, la rebelión de los separatistas quedaba sofocada, Lee se retiraba al oeste, y la causa de la unidad americana triunfaba.

CAPÍTULO III

Las cinco de la tarde. — El que faltaba. — La desesperación de Nab. — Búsqueda al norte. — El islote. — Una triste noche de angustia. — Las brumas de la mañana. — Nab a nado. — Vista de la tierra. — Vadeando el canal.

A través de las mallas de la red que habían cedido, un golpe de mar había arrebatado al ingeniero. Su perro también había desaparecido. El fiel animal se había precipitado voluntariamente en ayuda de su amo.

—¡Adelante! —exclamó el reportero.

Y los cuatro, Gedeón Spilett, Harbert, Pencroff y Nab, olvidando el agotamiento y la fatiga, comenzaron su búsqueda.

El pobre Nab lloraba de rabia y, a la vez, de desesperación, al pensar que había perdido todo lo que quería en el mundo.

No habían pasado dos minutos entre el momento en que Cyrus Smith había desaparecido y el instante en que sus compañeros habían tocado tierra. Por lo tanto, podían tener la esperanza de llegar a tiempo de salvarlo.

—¡Vamos a buscarlo!, ¡vamos a buscarlo! —gritó Nab.

—Sí, Nab —respondió Gedeón Spilett—, y lo encontraremos.

—¿Vivo?

—¡Vivo!

—¿Sabe nadar? —preguntó Pencroff.

—Sí —respondió Nab—, y además está Top...

El marino, al oír cómo mugía el mar, movió la cabeza.

El ingeniero había desaparecido en la costa norte, y a alrededor de media milla del lugar en que los náufragos acababan de aterrizar. En consecuencia, si había podido alcanzar el punto más cercano del litoral, ese punto estaría situado a media milla como mucho.

Eran ya casi las seis. Acababa de levantarse la bruma, lo que aumentaba la oscuridad de la noche. Los náufragos caminaban siguiendo hacia el norte la costa este de aquella tierra a la que los había arrojado el azar; una tierra desconocida, cuya situación geográfica ni siquiera podían sospechar. Caminaban por un arenal pedregoso, sin asomo de vegetación de ninguna especie. En algunos lugares, el suelo, muy desigual, muy escabroso, parecía asaetado de pequeños hoyos que hacían penosa la marcha. De los hoyos salían a cada momento grandes pájaros de vuelo pesado, que huían en todas direcciones y a los que la oscuridad impedía ver. Otros, más ágiles, se elevaban por bandadas y pasaban como nubes. El marino creía identificar a gaviones y gaviotas, cuyos agudos silbidos luchaban contra los rugidos del mar.

Cada cierto tiempo, los náufragos se detenían, llamaban a voces al ingeniero y ponían el oído por si les llegaba alguna voz procedente del océano. Y es que debían de pensar que, si estaban cerca del lugar en que podría haber aterrizado Cyrus Smith, los ladridos del perro Top habrían llegado hasta ellos en caso de que aquel no hubiese estado en condiciones de dar señales de vida. Sin embargo, no se distinguía ningún grito entre el estruendo del oleaje y el repiqueteo de la resaca. Entonces, el grupo reanudaba su marcha y escrutaba hasta la más pequeña anfractuosidad del litoral.

Tras una caminata de veinte minutos, los cuatro náufragos quedaron súbitamente detenidos por las olas espumeantes. Ya no había tierra firme. Se encontraban en el extremo de una punta aguda en la que el mar rompía con furor.

—Es un cabo —dijo el marino—. Tenemos que volver atrás pegándonos a la derecha y así pisaremos tierra firme.

—Pero ¿y si está ahí? —respondió Nab señalando el océano, cuyas enormes olas blanqueaban las sombras.

—Pues bien, ¡vamos a llamarlo!

Y todos al unísono lo llamaron con una voz vigorosa, pero no hubo respuesta. Esperaron a que llegara un momento de calma. Volvieron a empezar. Nada.

Los náufragos retrocedieron, siguiendo el lado opuesto del cabo, por un suelo tan arenoso y pedregoso como el anterior. Sin embargo, Pencroff observó que el litoral era más escarpado, que el terreno ascendía, y supuso que llegaría por una rampa bastante larga a una costa alta, cuyo macizo se perfilaba confusamente en la sombra. Había menos pájaros en esa parte de la orilla. El oleaje también parecía haber disminuido, con un rumor menos intenso, e incluso era digno de observar cómo disminuía sensiblemente la agitación de las olas. Apenas se oía el ruido de la resaca. Sin duda, ese lado del cabo formaba un ancón semicircular cuya punta aguda lo protegía contra el oleaje.

Pero, de continuar por la misma dirección, se dirigirían hacia el sur, lo que significaba ir al lado opuesto de la parte de la costa en que podría haber tomado tierra Cyrus Smith. Tras recorrer una milla y media, el litoral no presentaba ninguna curva que permitiera regresar hacia el norte. Sin embargo, el cabo cuya punta habían rodeado tenía que estar necesariamente unido a tierra firme. Pese a haber agotado sus fuerzas, los náufragos seguían caminando con buen ánimo, con la esperanza de

encontrar en cualquier momento un brusco recodo que los hiciese regresar a la dirección inicial.

Cuál no sería su decepción cuando, tras haber recorrido alrededor de dos millas, se volvieron a ver detenidos una vez más por el mar en una punta bastante elevada, formada por rocas resbaladizas.

—¡Estamos en un islote —dijo Pencroff—, y lo hemos recorrido de un extremo al otro!

La observación del marino era exacta. Los náufragos habían sido arrojados no a un continente y ni siquiera a una isla, sino a un islote que no medía más de dos millas de longitud y cuya anchura era claramente poco considerable.

Aquel islote árido, salpicado de piedras, sin vegetación, refugio desolado de algunas aves marinas, ¿pertenece a un archipiélago más importante? Era imposible afirmarlo. Cuando entrevieron la tierra a través de las brumas desde su barquilla, los pasajeros del globo no habían podido hacerse una idea de su extensión. No obstante, Pencroff, con sus ojos de marino acostumbrados a penetrar las sombras, creía distinguir en aquellos momentos unas masas confusas que anunciaban una costa elevada al oeste.

Pero entonces, en medio de la oscuridad, no podían determinar a qué sistema, simple o complejo, pertenecía el islote. Tampoco podían salir de él, puesto que estaba rodeado por el mar. Por lo tanto, era preciso dejar para el día siguiente la búsqueda del ingeniero, que desgraciadamente no había indicado su presencia con ningún grito.

—El silencio de Cyrus no es prueba de nada —dijo el reportero—. Puede que esté inconsciente o herido, o bien que no esté en condiciones de responder por el momento, pero no perdamos la esperanza.

Al reportero se le ocurrió entonces la idea de encender en un punto del islote una hoguera que pudiera servir de

señal para el ingeniero; pero en vano buscaron leña o matas secas. Arena y piedras era todo lo que había.

Es fácil de entender cómo debía de ser el dolor de Nab y el de sus compañeros, que tanto apego sentían por el intrépido Cyrus Smith. Era más que obvio que eran incapaces de prestarle ayuda en aquellos momentos. Había que esperar a que se hiciera de día. O bien el ingeniero se había podido salvar solo y ya había encontrado refugio en un punto de la costa, o bien estaba perdido para siempre.

Transcurrieron unas horas largas y penosas. El frío era intenso. Los náufragos sufrían cruelmente, pero apenas se daban cuenta. Ni siquiera pensaban en tomarse un instante de descanso. Sacrificándose por su jefe, esperanzados, con la voluntad de mantener esa esperanza, iban y venían por aquel islote árido, volviendo una y otra vez a su punta norte, donde estaban más cerca del lugar de la catástrofe. Escuchaban, gritaban, intentaban sorprender una última llamada, y sus voces debían de transmitirse a lo lejos, porque entonces reinaba en la atmósfera cierta calma, y el estrépito del mar comenzaba a decaer con el oleaje.

En un momento, pareció que incluso uno de los gritos de Nab se reproducía como el eco. Harbert se lo señaló a Pencroff, añadiendo:

—Eso demostraría que al oeste hay una costa bastante cercana.

El marino hizo un gesto afirmativo. Además, sus ojos no podían engañarlo. Si, por poco que fuera, había distinguido tierra, es que allí había tierra.

Pero el eco lejano fue la única respuesta provocada por los gritos de Nab, y en toda la parte este del islote la inmensidad continuó en silencio.

Entretanto, el cielo se iba despejando poco a poco. Hacia la medianoche, brillaron algunas estrellas, y si el ingeniero hubiera estado allí, junto a sus compañeros,

habría podido observar que aquellas estrellas no eran ya las del hemisferio boreal. En efecto, la estrella polar no aparecía en aquel nuevo horizonte, las constelaciones cenitales no eran ya las que tenía por costumbre observar en la parte norte del nuevo continente, y la Cruz del Sur resplandecía entonces en el polo austral del mundo.

Pasó la noche. Hacia las cinco de la mañana del 25 de marzo, las capas altas del cielo cobraron unos leves matices. El horizonte estaba aún oscuro, pero con las primeras luces del día se levantó del mar una bruma opaca, de manera que el radio de visión no podía extenderse a más de veinte pasos. La bruma se desplegaba en gruesas volutas que se desplazaban pesadamente.

Era un contratiempo. Los náufragos no podían distinguir nada en torno a ellos. Mientras Nab y el reportero dirigían sus miradas hacia el océano, el marino y Herbert buscaban la costa al oeste, pero no se veía ni un trozo de tierra.

—No importa —dijo Pencroff—, aunque no vea la costa, la siento... Está allí..., allí..., tan cierto como que ya no estamos en Richmond.

Pero la bruma no iba a tardar en levantarse. No era más que una neblina, preludeo del buen tiempo. El sol caldeaba generosamente sus capas superiores, y aquel calor se tamizaba hasta la superficie del islote.

En efecto, hacia las seis y media, tres cuartos de hora después de que saliera el sol, la bruma se había vuelto más transparente. Por arriba, era más espesa, pero por abajo se desvanecía. Inmediatamente apareció todo el islote, como si hubiera descendido de una nube; después, el mar se dejó ver siguiendo un plano circular, infinito por el este, pero cercado al oeste por una costa elevada y abrupta.

¡Sí! La tierra estaba allí. Allí estaba la salvación garantizada, al menos provisionalmente. Entre el islote y la costa, separados por un canal de media milla de anchu-

ra, avanzaba con estrépito una corriente extremadamente rápida.

Uno de los náufragos, obedeciendo tan solo a su corazón, se precipitó enseguida a la corriente, sin consultar a sus compañeros, sin decir una palabra siquiera. Era Nab. Tenía prisa por llegar a aquella costa y recorrerla hacia el norte. Nadie lo habría podido retener. Pencroff lo llamó, pero fue en vano. El reportero se disponía a seguir a Nab.

Pencroff, dirigiéndose a él, le preguntó:

—¿Va a atravesar usted el canal?

—Sí —respondió Gedeón Spilett.

—Bien, espere, créame —dijo el marino—. Con Nab basta para ayudar a su señor. Si entráramos en el canal correríamos el riesgo de que esa corriente tan violenta nos arrastrara hasta mar adentro, pero si no me equivoco son aguas de menguante. Mire, la marea baja por la arena. Tengamos paciencia, y es posible que con la bajamar encontremos un paso que vadear...

—Tiene usted razón —respondió el reportero—. Separémonos lo menos posible...

Mientras tanto, Nab luchaba vigorosamente contra la corriente. La atravesaba siguiendo una dirección oblicua. A cada brazada, se veían emerger sus hombros negros. La velocidad de su deriva era extrema, pero también conseguía recortar la distancia que lo separaba de la costa. Empleó más de media hora en franquear aquella media milla que separaba el islote de la tierra, y llegó a la orilla a varios miles de pies del lugar que estaba enfrente del punto del que había salido.

Nab llegó al pie de una alta muralla de granito y se sacudió vigorosamente; después, sin dejar de correr, no tardó en desaparecer tras una punta de rocas que se adentraba en el mar, aproximadamente a la altura del extremo septentrional del islote.

Los compañeros de Nab habían seguido con angustia su audaz tentativa, y cuando dejaron de verlo, dirigieron

sus miradas a aquella tierra a la que iban a pedir refugio, mientras comían algunos moluscos, abundantes en la arena. Era una comida frugal, pero era comida, al fin y al cabo.

La costa opuesta formaba una amplia bahía, rematada al sur por una punta muy aguda, desnuda de vegetación y de aspecto muy salvaje. Esa punta estaba soldada al litoral con una forma bastante caprichosa y se apoyaba en unas altas rocas graníticas. En cambio, hacia el norte la bahía se ensanchaba y daba paso a una costa más redondeada, que iba desde el sudoeste al nordeste y acababa en un cabo aguzado. Entre esas dos puntas extremas, en las que se apoyaba el arco de la bahía, podía haber una distancia de ocho millas. A media milla de la orilla, el islote ocupaba una estrecha franja de mar y tenía el aspecto de un enorme cetáceo que asomara un cuerpo muy voluminoso. Su anchura máxima no rebasaba el cuarto de milla.

Ante el islote y en primer plano, el litoral estaba compuesto por una playa de arena, plagada de rocas negruzcas, que en aquel momento reaparecían poco a poco al bajar la marea. En segundo plano, destacaba una especie de cortina granítica, cortada a pico, coronada por una arista caprichosa a una altura de trescientos pies como mínimo. Así, se perfilaba a lo largo de tres millas y terminaba bruscamente a la derecha en una pared biselada, como tallada por la mano del hombre. A la izquierda, por el contrario, encima del promontorio, esa especie de acantilado irregular se quebraba en fragmentos prismáticos y descendía, como un conglomerado de rocas desprendidas, por una rampa alargada que se confundía poco a poco con las rocas de la punta meridional.

En la meseta superior de la costa, ningún árbol. Se trataba de una mesa plana, como la que domina Ciudad del Cabo, en el cabo de Buena Esperanza, pero de proporciones más reducidas. Al menos, eso parecía, vista

desde el islote. No obstante, no faltaba la vegetación a la derecha, detrás de la pared. Se distinguía fácilmente la masa confusa de grandes árboles, cuya aglomeración rebasaba el alcance de la mirada. El verdor regocijaba la vista, profundamente entristecida por las ásperas líneas del parapeto de granito.

Por último, al fondo del todo y encima de la meseta, en dirección noroeste y a una distancia de siete millas como mínimo, resplandecía una cumbre blanca, iluminada por los rayos solares. Era una corona de nieve que ceñía algún monte lejano.

Por tanto, no podían pronunciarse sobre si aquel territorio era una isla o si pertenecía a un continente, pero, al mirar las rocas convulsionadas que se amontonaban a la izquierda, un geólogo no habría vacilado en asignarles un origen volcánico, puesto que eran, indiscutiblemente, el producto de un trabajo plutónico.

Gedeón Spilett, Pencroff y Harbert observaban atentamente aquel territorio en el que tal vez tendrían que vivir muchos años, en el que incluso morirían, si no se encontraba en la ruta que seguían los buques.

—¿Qué te parece, Pencroff? —preguntó Harbert.

—¡Pche! —respondió el marino—. Hay cosas buenas y cosas malas, como en todas partes. Veremos. Ya empieza a notarse el reflujo. Dentro de tres horas intentaremos pasar y, una vez allí, procuraremos salir adelante y encontrar al señor Smith.

Pencroff no se había equivocado en sus previsiones. Tres horas más tarde, con la bajamar, la mayor parte del suelo arenoso que formaba el lecho del canal estaba al descubierto. Entre la isla y la costa no quedaba más que un estrecho canal, que sin duda sería fácil de cruzar.

En efecto, hacia las diez, Gedeón Spilett y sus dos compañeros se quitaron la ropa, la pusieron como un hatillo encima de la cabeza y se aventuraron por el canal, cuya profundidad no superaba los cinco pies. Harbert,

que no podía hacer pie con aquella profundidad, nadaba como un pez y salió airoso de la prueba. Los tres llegaron sin dificultades al litoral opuesto. Allí, después de secarse al sol rápidamente, se vistieron con la ropa que habían guardado del contacto con el agua y decidieron qué hacer a continuación.